

Un nuevo movimiento social

Pedro Ibarra *

Para categorizar con la mayor precisión posible al Movimiento de Objeción de Conciencia (MOC) parece necesario describir cuáles son sus rasgos fundamentales. Constatar primero qué es el MOC y observar luego en qué medida tal realidad encaja, o no, en lo que tanto la teoría política, como sobre todo, hoy, la opinión pública, entiende por nuevos movimientos sociales. Sin duda, el riesgo de seleccionar aquellos elementos del movimiento que mejor encajen con un modelo previamente prefigurado, existe; y en consecuencia, en este caso, la fiabilidad del análisis es sumamente discutible. Sin embargo, operando a la inversa, aparecen las mismas posibilidades de trampa metodológica: ajustar *a priori* y sesgadamente la hipótesis teórica de tal forma que luego pueda tener cabida en ella el movimiento concreto.

La cuestión por tanto puede resolverse dentro de la primera opción (primero, hechos; segundo, modelo general) en la medida en que seamos capaces de seleccionar aquellos datos objetivamente relevantes del MOC, aquellos que articulen y distingan al movimiento, con independencia de su mayor o menor utilidad de cara a su posterior adscripción a un modelo teórico.

Delimitación

La selección de estos datos relevantes exige dos procesos de reducción:

1. *Temporal*. Debemos describir los elementos significativos del *actual* MOC. Y ello, no porque no resulte interesante la narración de su proceso histórico, sino porque él mismo,

* Facultad de Ciencias de la Información. Universidad del País Vasco.

dada su evolución, puede llevarnos a cierta incertidumbre a la hora de seleccionar sus perfiles más constitutivos.

Efectivamente, en los orígenes del MOC la dimensión que podemos denominar como subjetiva, de objeción de conciencia en sentido estricto, tuvo especial peso en la configuración del movimiento. Y ello, no porque las primeras hornadas de militantes civiles (excluimos la objeción religiosa de los testigos de Jehová) descartasen el horizonte colectivo de su acción personal (cuestionar la militarización global de la sociedad a través del rechazo al servicio militar). Todo lo contrario. La finalidad y efectos sociopolíticos de su actitud era buscada y asumida. Lo que sucedía era, más bien, que la específica estrategia adoptada hacía aparecer en muchos casos al MOC prescindiendo de sus deseos reales, como un colectivo de jóvenes que buscaban solucionar legítimos, pero muy personales, problemas de conciencia. En la medida en que el MOC centraba sus demandas en una adecuada prestación social sustitutoria o criticaba aspectos parciales de la previsible o legalmente establecida, parecía al resto de la sociedad que no se trataba tanto de rechazar la existencia del servicio militar en particular, del ejército en general y de la globalidad del militarismo, como de buscar un acuerdo político, en el que, sin prejuzgar la continuidad de tales instituciones y realidades, se les encontrase a los objetores un «hueco» en donde pudiera descansar su maltratada conciencia.

Sólo recientemente, al focalizar el MOC su estrategia en la insumisión, ha mostrado con más evidencia su pretensión totalizadora: lograr en la práctica la desaparición, material e ideológica, del militarismo.

Así, dado este proceso evolutivo, conviene ceñir la descripción al momento actual. Y ver en este sentido cuál es el papel, la función que el MOC lleva a cabo en el conjunto de la sociedad.

2. *En cuanto al sujeto.* Contestarse a la pregunta de ¿quién es el MOC?, y analizar así los rasgos de un sujeto previamente definido. *A priori*, parece que el MOC pueden ser muchos grupos de personas. Aquellos que participan regularmente en la organización y acciones del movimiento. Aquellos que acuden irregularmente a las convocatorias del movimiento. Sectores de la población que, sin participar en el movimiento, simpatizan con sus objetivos. Y, por último, personas concretas

que se benefician del movimiento, sin asumir sus ideales y sus actividades: el objetor al que lo único que le interesa es que el MOC le solucione el problema particular de cómo no ir al servicio militar.

Creemos que debe asignarse el «título» de sujeto al primer grupo, esto es, a aquellos hombres y mujeres que con mayor o menor intensidad *militan* en el MOC. Dicho más descriptivamente: tanto las personas que objetan y eventualmente se declaran insumisas, como aquellas que participan en la organización y en las labores de agitación del movimiento, sean o no objetores, con el objetivo, unos y otros, de acabar con el militarismo en la sociedad.

Definir al MOC a través de sus simpatizantes eventualmente activos, o por medio de los «aprovechados» de la objeción, sería como caracterizar al movimiento obrero histórico (no al actual), relatando las intenciones o la cosmovisión de los trabajadores a los que no les quedó más remedio que ir a la huelga porque el empresario les decretó el *lock-out*, o de aquellos que, sin participar en la huelga, vieron aumentados sus salarios tras el pacto que puso fin al conflicto.

Sin duda, nada impide estudiar los sectores pasivos o los proyectos personales de un grupo social que pretende, en mayor o menor grado, cambiar de forma colectiva la organización de la convivencia humana. Y ello, no sólo porque, por supuesto, sea perfectamente lícito investigar tales aspectos de un colectivo humano, sino porque además en muchos casos puede resultar muy útil. Cuando los efectos *reales* que ejerce en la sociedad la actividad de un movimiento no coinciden con los objetivos de sus dirigentes, porque su vanguardia está dividida y el mensaje es contradictorio y confuso, o bien porque no es capaz de romper, por múltiples razones, su aislamiento, recibiendo el resto de la sociedad un mensaje estrictamente corporativista y quedando oculto el programa transformador general. Volvamos al ejemplo del movimiento obrero. El actual, prescindiendo de los proyectos estratégicos de los estatutos de las distintas organizaciones sindicales y de la ideología de sus dirigentes y activistas, no es considerado por la sociedad como un movimiento que exija profundos cambios en las estructuras de producción y distribución de bienes, sino como un conjunto de instituciones corporativas que,

sin cuestionar el sistema, defienden y promocionan intereses materiales de determinadas clases o grupos sociales.

No es ésta la situación del MOC. Cabe afirmar, en este sentido, que la sociedad sí percibe que el MOC quiere —y lucha para ello— cambiar un eje fundamental de sí misma. Podrá tener mayor o menor aprecio a sus pretensiones, pero lo que hoy básicamente reconoce en el MOC es que actúa y se organiza, no en primer lugar para solucionar problemas particulares de sus miembros o adherentes, sino, sobre todo, para transformar la sociedad. Es muy probable que no acabe de interiorizar toda la dimensión antimilitarista del MOC, pero es evidente que sí comprende nítidamente su rechazo a la *actual* institución, y organización, militar.

Por ello nos parece coherente describir el MOC a partir de sus grupos más militantes. Porque en ellos coinciden los objetivos de su actividad con los efectos sociales de la misma.

Elementos

1. *Los actores.* Evidentemente el rasgo principal de los actores del MOC es su juventud. En su mayoría son jóvenes, aunque existe un nutrido grupo de personas «menos jóvenes», normalmente ex objetores, que participan de forma activa en el movimiento.

Por consiguiente, puede afirmarse en principio que la pertenencia al MOC viene determinada por el dato de *ser joven*. Porque cuando se es joven hay que hacer el servicio militar. Y ante esta obligación impuesta, el joven se rebela, rechaza la conscripción, objeta y en su caso se declara insumiso. En consecuencia, también en principio, la autoidentificación de los actores con el movimiento no se produce por su pertenencia a una clase social, a una categoría profesional o a una opción política previa, sino por el hecho de ser jóvenes. Sin embargo, hemos de matizar esta afirmación.

Ciertamente, en la mayor parte de los supuestos la *llegada* al MOC se hace mediante el código juvenil, pero en la *permanencia* activa en el MOC influye, sin duda, el referente político. Asumir el movimiento —sus objetivos, su estrategia y métodos—

es situarse en la *izquierda*. Obviamente no en los actuales partidos o sindicatos autodenominados de izquierda, pero sí en los parámetros de la izquierda tradicional. Observemos la paradoja. El ideario político del MOC surge a partir de la contracultura izquierdista de los años 60: alternativos, pacifistas radicales, «sesentaiochistas varios», etc. Grupos que tenían como denominador común el rechazo a la izquierda oficial, que querían ir más allá del economicismo, del estado del bienestar. Y al mismo tiempo este heterogéneo conglomerado se nutre ideológicamente de la vieja izquierda del siglo XIX (de los utópicos, los anarcosindicalistas y el marxismo de la Comuna de París), cuyos herederos «titulares» son precisamente la izquierda establecida que es combatida por los izquierdistas.

En concreto, el MOC se plantea: «A largo plazo el antimilitarismo lucha por un modelo de organización social basado: a) en la propiedad y utilización colectiva de los medios de producción e información; b) en la sustitución de todas las estructuras y relaciones de dominación por la descentralización y autogestión en la toma de decisiones...»¹. Una concepción de este tipo es de izquierdas en el sentido más profundo e histórico del término, por mucho que la izquierda actual, la «realmente existente», tenga preocupaciones más pragmáticas.

Desde otra perspectiva, los actores colectivos del MOC no son indiferentes a otras realidades sociopolíticas. Así, se constata un número de insumisos notablemente mayor en nacionalidades más politizadas (Cataluña, Euskadi) y en las grandes áreas urbanas, donde se combina un superior acceso a la información y cultura de izquierdas con vivencias cotidianas alternativas.

En conclusión, el MOC *no es un movimiento juvenil*, una plataforma más o menos organizada que pretende solucionar problemas a gente joven. Es un movimiento que se sustenta y organiza con *determinado* tipo de jóvenes; de aquellos que se adscriben a una concreta opción política y que viven en unas también específicas condiciones de localización urbana y ambiente sociopolítico.

2. *Contenido y valores.* Reiterando aspectos ya antes apuntados, el objetivo del MOC es acabar con el militarismo en la

¹ «Declaración ideológica del MOC», Madrid, 4 de mayo de 1986.

concepción global del término, Pretende por ello no sólo la desaparición de la *institución ejército*, previa eliminación del servicio militar, sino además poner en pie una nueva sociedad en la que el poder (todas las formas de poder o dominación) no esté separado de la sociedad, en la que democracia y autogestión a todos los niveles sean términos equivalentes. Y por otro lado, el MOC hace suyos, e introduce con especial énfasis en su ideario, el feminismo y el ecologismo.

Este conjunto de contenidos, cuya articulación se presenta como escalonada, pone de manifiesto que el valor central que defiende y exige el MOC es una nueva identidad humana. Dicho de otra forma, un sistema de convivencia social y política en el que el individuo ejerza al máximo su *autonomía*, en libre solidaridad con los otros.

3. *Organización-acción*. Deben destacarse en este apartado algunos aspectos. En primer lugar, el MOC no se organiza de forma jerarquizada, con dirigentes liberados y funcionarios permanentes. Los procesos de decisión tienden a ser asamblearios, y la espontaneidad y descentralización cruzan todos sus sistemas de funcionamiento. En cierto modo, se puede afirmar que el MOC trata de prefigurar hoy, en su organización interna, la organización de la sociedad del mañana.

En segundo lugar, el MOC no ocupa— ni pretende ocupar— espacios institucionales, ni utiliza los canales establecidos para la formalización y negociación de conflictos. Ello, sin embargo, no es óbice para que busque puntualmente apoyos, y aun alianzas coyunturales con partidos parlamentarios y otras asociaciones parainstitucionales.

En tercer lugar, la actitud política del MOC, sus expresiones y reivindicaciones más habituales, se enmarcan en lo que podríamos denominar como posición negativa. No admiten el compromiso en sus reivindicaciones y niegan de pleno la estructura e ideología militarista. El MOC, por tanto, se presenta como lo que es, un movimiento radical, que opera bajo el esquema estratégico del todo o nada.

Por último, el MOC utiliza, por definición programática, la noviolencia como método de lucha. Descartados los canales de representación y reclamación legales —que no exclusivamente

legítimos—, el MOC da prioridad a la acción en espacios públicos (manifestaciones, encarteladas, encadenamientos, etc.), operando con tácticas no violentas, que obviamente no implican pasividad, sino, por el contrario, firmeza en la acción defensiva. Al tiempo, el MOC propugna la desobediencia civil, hoy, al servicio militar, y asume esta estrategia para mañana frente a otras formas de imposición centralizada.

El nuevo movimiento social

Los elementos descritos nos conducen, sin excesiva necesidad de forzar el modelo, a caracterizar al MOC como un nuevo movimiento social, en línea con los otros, y ya clásicos, movimientos sociales: el feminismo, el ecologismo y el pacifismo, del que es hijo o, quizá mejor, hermano.

Tal categorización se deriva en primer término de la doctrina. El conocido *nuevo paradigma* diseñado por C. Offe para los nuevos movimientos sociales encaja cumplidamente con los aspectos que hemos señalado del MOC².

Sin embargo, lo que nos interesa resaltar es que, con independencia de los análisis teóricos más ó menos acertados sobre el tema³, *de hecho* la sociedad percibe a estos movimientos en general, y en particular al MOC, como nuevos, como *distintos* a los otros movimientos reivindicativos o ideológicos que se vertebran en partidos, sindicatos o corporaciones de intereses sectoriales. Las mayorías sociales constatan que:

— Los que forman parte de este movimiento no son obreros, campesinos, técnicos o empresarios que defienden sus intereses de grupo o clase a través de sindicatos o asociaciones.

— No presentan programas políticos generales, como los partidos políticos, en los que se ofrecen soluciones a todos nues-

² C. Offe, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Sistema, Madrid, 1988, pp. 173 y ss. Quizás no tenga demasiado ajuste en el modelo de Offe el apartado dedicado a los actores, en la medida en que este autor destaca la presencia de las nuevas clases medias en los nuevos movimientos sociales.

³ De la sucinta bibliografía que incorporamos al final de este artículo nos parecen especialmente relevantes, además del citado texto de C. Offe, las obras de D. Dalherup y G. Jauregi.

tros problemas cotidianos. Sin embargo, desde su experiencia vital y específica de rechazo radical al servicio militar exigen resolver una sola, pero determinante, cuestión en la organización y relaciones de la sociedad y el estado: el fin de la violencia institucional. No son partidos políticos, pero pretenden modificar de raíz la *Política*.

— No reclaman ni negocian, como los demás agentes sociales, más bienestar material o seguridad individual, sino que quieren cambiar la *posición* del hombre en la sociedad.

— No tienen jefes, secretarios generales, funcionarios, propiedades, espacios de televisión ni corbatas. Y a pesar de ello, su mensaje llega a la sociedad.

— La defensa de sus ideas no les lleva a ocupar cargos públicos o privados, sino que en muchas ocasiones les conduce directamente a la cárcel.

— Por último, y nos interesa resaltar este punto, no participan como los partidos en parlamentos y otras instituciones. Y sin embargo, sus proclamas y acciones no violentas influyen en los partidos, parlamentos y gobiernos a la hora de tomar decisiones. Un ejemplo: no se hubiese producido el reciente debate institucional sobre el servicio militar (ni se produciría probablemente el próximo) sin el precedente activismo del MOC.

Conclusión apresurada

Esta última apreciación nos da pie para hacer una rápida reflexión final, de tonos más valorativos. El MOC, como los otros nuevos movimientos sociales, tiene en sus rasgos distintivos su fuerza... y al mismo tiempo su debilidad. Su negativa a participar, en contenido y formas, en las reglas de juego dominantes mantiene vivo y firme su proyecto liberador de largo alcance. Pero simultáneamente, es evidente el riesgo que conlleva tal práctica radical.

Creemos que en la actualidad el MOC ha sabido mantener el equilibrio entre la integración y la soledad testimonialista; y así, sin renunciar a sus principios y modos de actuar, se ha

atraído a partidos y sindicatos, quienes en varias ocasiones han apoyado sus propuestas.

Quizá en el futuro debería reforzar lazos con ciertas formaciones políticas y sociales, y tratar, sin perder su personalidad propia, de que éstos se reconviertan, en su dimensión exterior e interior, hacia la adopción de estrategias más antisistema, más liberadoras. Al fin y al cabo, unos (los viejos partidos y sindicatos de izquierda) y otros (los nuevos movimientos sociales) provienen de la misma, aunque ya antigua, familia: del Socialismo, cuando esta palabra se escribía con mayúscula.

BIBLIOGRAFIA

- Chomsky, N., *El pacifismo revolucionario*, Siglo XXI, Madrid, 1973.
- Dalherup, D., *The New Woman's Movements*, SAGE pub., Londres, 1986.
- Frankel, B., *The Post Industrial Utopians*, Polity Press, Londres, 1987.
- Inglehart, R., *The Silent Revolution*, Princeton UP, USA, 1977.
- Ingrao, P., *Tradizione e progetto*, De Donato, Bari, 1982.
- Jauregi, G., *Nuevos movimientos sociales y estado de partidos* (en preparación), 1990.
- Offe, C., *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Sistema, Madrid, 1988.
- Paramio, L., *Tras el diluvio, la izquierda en el fin de siglo*, Siglo XXI, Madrid, 1988.
- Savater, F., *Las razones del antimilitarismo y otras razones*, Anagrama, Barcelona, 1984.